

de donde parecía imposible expulsarla completamente. Casualmente había ocurrido en su seno el día en que Húlagu pasó el Oxo, un suceso extraordinario y trascendental. Allah ed-din, el penúltimo gran maestro, había excitado el descontento de los sectarios con el rigor que desplegaba en sus repetidas tentativas para restablecer la antigua disciplina, y el 30 de Zul ka'ada de 653 (31 de diciembre de 1255) fué encontrado asesinado. Acúsase á su hijo Rukn ed din de haber tenido noticia anticipada de la muerte de su padre; lo cierto es que su conducta cobarde dió desde el primer día motivo para que fuese atribuida ora á una mala conciencia, ora á un carácter tan pobre y miserable como el de los demás príncipes mahometanos.

La vanguardia mogola, encargada de despejar el camino al grueso del ejército, sitió durante bastante tiempo uno de los principales castillos de los ismaelitas en el Kohistan sin poder tomarlo. El de Alamut y los que estaban á su alrededor, entre los cuales se contaba el llamado Meimun-Dis (castillo afortunado), á la sazón residencia del gran maestro, habían dado ya pruebas en otros sitios anteriores de ser inexpugnables; pero fuese por una razón u otra, el nuevo gran maestro Rukn ed-din participó del terror general que inspiraban los mogoles, y por el intermedio del comandante mogol de Hamadan, y para seguir en posesión de sus dominios como vasallo del gran khan, entró en negociaciones con Húlagu, que había establecido su cuartel general en Tus. Pero como á Húlagu no convenía un vasallo encerrado en fortalezas inexpugnables, empleó ya promesas vagas, ya amenazas serias y un sitio enérgico del castillo de Meimun-Dis, y fué arrancando así concesión tras concesión del despreciable descendiente del terrible Hasan Ibn Sabah hasta lograr al fin, después de muchas negociaciones mañosas, su rendición y la de las personas que estaban con él el 1.º de Zulka'ada 654 (19 de noviembre 1256) (1). El astuto Húlagu le recibió con gran amabilidad y le indujo á entregarle órdenes escritas á todos los comandantes de las fortalezas ismaelitas para que abriesen sus plazas á los mogoles. Después, deseando Rukn ed-din pasar á la corte del gran khan, le dió una escolta de honor, la cual se cuidó de matar en el camino al último gran maestro de Alamut. Los cronistas no dicen si Húlagu se mostró disgustado al saber esta arbitrariedad de la escolta de honor: de todos modos, se hizo uso de las órdenes de Rukn ed-din, las cuales abrieron á los mogoles cuarenta y tantos castillos de los ismaelitas. Algunos pocos resistieron, entre ellos el famoso Alamut, pero éste también capituló el 6 de Zulka'ada (24 de noviembre), y cuatro días después fué entrado á saco, quedando allí un destacamento con el encargo de arrasarlo. Así se hizo con muchísimo trabajo y tiempo, después de haber sido este nido de águilas durante 170 años el terror del mundo mahometano.

La orden de Húlagu de exterminar á los ismaelitas en toda la Persia hasta el último hombre, fué ejecutada con la minuciosidad que los mogoles empleaban en esta clase de tareas, y esta vez siquiera estamos tentados á conceder nuestros aplausos á las costumbres mogolas, cuyo khan no tardó en encontrar otra ocasión para ser agradable á sus súbditos persas. Estos se inclinaban casi todos al sismo, postergado siempre hasta en tiempo de los selducidas, que en materia religiosa habían sido bastante tolerantes. Los mogoles, paganos como eran, ó cuando menos budhistas, miraban con igual indiferencia á la religión mahometana sunnita orto-

(1) Era un domingo (*Histoire des Mongols*, ed. Quatremère, Paris, 1836); ha de ser 19 la fecha exacta y no el 20, como resulta del cálculo de reducción usual.

doxa que á la siita y á la cristiana; para ellos todas eran iguales, y sabida es la tolerancia aparente que mostraron á los misioneros cristianos y la ninguna repugnancia que tuvieron para entrar en relaciones diplomáticas, buscadas repetidas veces por soberanos del Occidente. Con esta política querían únicamente servirse de unas naciones contra otras sin entrar en compromisos con ninguna, y por el mismo motivo tuvieron buenas palabras ora para una religión, ora para otra, y según el caso las favorecían también. Así fué que en el tiempo de los sucesos que ahora narramos recibió Húlagu favorablemente las exposiciones y solicitudes de los persas siitas, que creían haber llegado el tiempo oportuno, exterminados ya los ismaelitas, de acabar también con el abasida hereje, el califa de Bagdad, que pretendía ser el jefe de todos los creyentes. Esta idea halagó mucho á Húlagu, el cual, á diferencia de Gengis Khan y los suyos, que solo trabajaron para extender los límites del imperio mogol único, alimentaba el proyecto de conquistar para sí, aunque como vasallo de su hermano el gran khan Mangu, un imperio en el Occidente (2). Con esta intención, apenas hubo entrado en el territorio persa se rodeó de gran número de musulmanes distinguidos, ya que no los mas respetables, pues que se prestaban á servir de criados á los verdugos de su país. Un autor, que entonces, en 650 (1252), escribió en la corte del gran khan, y que ensalza con un servilismo y un descaro sin ejemplo las hazañas mas horripilantes de sus execrables amos como inspiradas por la voluntad y sabiduría divinas, no puede menos de exclamar (3): «En la revolución que acaba de trastornar al mundo han sido destruidas las escuelas y degollados los hombres de ciencia, principalmente en el Corasan, foco de las ciencias y patria de los eruditos; cuantos varones científicos existían en este país, han perecido bajo el sable enemigo; los que saliendo de la nada han ocupado su lugar, solo se cuidan de la lengua y de la escritura uiguras (4). Todos los empleos y las dignidades mas elevadas están ocupados por gente de la hez del pueblo; multitud de miserables se ha enriquecido, los intrigantes han llegado á ser emires ó visires; los desvergonzados se han hecho poderosos, los esclavos amos, y con encasquetarse el turbante de letrado (5) se cree ya cualquiera ser letrado de veras, y los de baja estirpe se presentan como personas distinguidas. Puede imaginarse cómo en este tiempo, año de hambre de la ciencia y de la virtud, y mer-

(2) Todo lo que los historiadores refieren de intrigas siitas que según ellos indujeron á Húlagu á emprender su campaña contra Bagdad, ha de considerarse, excusado es decirlo, como divagaciones inocentes. De todos modos, nos ha de ser indiferente si el autor sunnita Abulfeda acusa con razón al visir siita del califa de haber tenido inteligencias secretas con Húlagu, ó si tiene razón Raschid ed-din, también sunnita, que al parecer califica estas acusaciones de calumnias. Lo evidente de todos modos es que Húlagu no necesitaba excitaciones para hacer conquistas, pues para esto había emprendido la campaña; y teniendo este propósito, es muy natural que aprovechara las aficiones siitas de los persas para asegurarse la cooperación de personas prácticas y conocedoras del país.

(3) Tengo que seguir la traducción francesa de Ohsson (*Histoire des Mongols*).

(4) Uigura se llama una tribu turca que habitaba al Sur del Thian-Schan. Su idioma es una variante antigua del turco oriental que hoy se habla todavía en Kaschgar y en las comarcas vecinas. La escritura era una imitación de la sirio-nestoriana, tomada de los misioneros cristianos. Los mogoles, no teniendo todavía escritura cuando sometieron estos pueblos, se sirvieron de la lengua y escritura uiguras para hacerse entender de éste y de todos los demás pueblos turcos en todos sus documentos y correspondencia oficial con potencias extranjeras.

(5) El turbante es la prenda distintiva de los letrados (teólogos, magistrados, etc.), que lo llevan también en la vida usual, mientras los demás persas llevan la gorra alta y puntiaguda de piel de cordero negro.

cado de la ignorancia y corrupción, se fomenta la ciencia y el arte, se menosprecia lo noble y se prefiere todo lo vil.» Algo de este desahogo convendrá quizás atribuir al despecho del hombre de letras oficioso, mal alimentado, pero en los puntos capitales habrá sido ciertamente verdad cuanto dice. De todos modos, fué Húlagu un déspota de la clase inteligente, porque no se rodeó de gente estúpida. Ocupó el primer puesto entre sus consejeros persas un varón positivamente notabilísimo, el khodcha Nasir ed-din, natural de Tus, tan eminentemente matemático y astrónomo como retórico é historiador, que (á la manera de Juan de Müller, del siglo XIII) se conformó para bien de la ciencia con lo que no podía cambiar, y así contribuyó á la mayor ó menor humanización de su protector inculto. Húlagu encontró á este sabio en Alamut, á donde había ido á parar por circunstancias y vicisitudes singularísimas, y tuvo el talento de distinguirlo entre los demás individuos que cayeron en su poder cuando la capitulación de aquel castillo. Desde entonces no se apartó ya de su lado el sabio y á mas discreto persa, siendo muy probable que Húlagu recibiera de él los pretextos diplomáticos que necesitaba para justificar su expedición brutal contra el califa Mustasim. Húlagu trató al principio con mucha amabilidad al califa, para después, en el curso de las negociaciones entabladas con objeto de llegar á un arreglo pacífico, hacerle parecer culpable del rompimiento; mas para estas artimañas se bastaba Húlagu como buen mogol y no necesitaba persas.

Ya hablamos anteriormente de la actitud vacilante del califa, que ante la próxima tempestad mogola no sabia decidirse ni por una resistencia varonil ni por dominar su orgullo de abasida prestando una sumisión incondicional. Húlagu, para conseguir su objeto con toda seguridad, reunió mas fuerzas de las que habrían sido menester; llamó las tropas mogolas acantonadas en el Rum ó sea en el Asia Menor, y él mismo se puso en marcha desde Hamadan con otro ejército en dirección á Bagdad. El 10 de Moharram de 656 (17 de enero de 1258) fué derrotado y dispersado el ejército del califa por una división de fuerzas mogolas situada en la orilla derecha del Tigris, á legua y media de distancia al Oeste de la ciudad, y al día siguiente acampó Húlagu delante de Bagdad por el lado del Este con el ejército principal. Tres semanas pasaron en negociaciones y combates sueltos; los mogoles fueron ocupando un barrio tras otro; la población estaba excitadísima; las tropas del califa, sabiendo que de todos modos habían de morir, intentaron abrirse paso con las armas al través de los enemigos apostados alrededor, y entretanto el mísero descendiente del poderoso Mansur no sabia qué hacer. Finalmente entregóse con los suyos á Húlagu el 4 de Safar (10 de febrero). Húlagu le dispuso en su campamento la mejor acogida, como la había dispensado al último gran maestro de los ismaelitas, cuyos predecesores habían empezado por ser los temibles representantes de la oposición de los alidas á los califas abasidas; y el último califa abasida experimentó como el último gran maestro ismaelita la amabilidad del terrible mogol hasta que le hubo entregado todos sus tesoros mejor guardados. Ciertísimo es que los mogoles han sido el pueblo que mas placer que ningun otro han encontrado en las matanzas de seres humanos; pero sabían dominar este apetito sanguinario para aplazar su satisfacción hasta haber sacado á fuerza de angustias de sus víctimas cuanto podía serles útil. Sabido era que Nasir, el bisabuelo de Mustasim, había amontonado durante los 46 años de su reinado riquezas incalculables; lo que faltaba era saber dónde estaban. Con este objeto Húlagu cuando entró en la ciudad, dos días después de la rendición, dió un banquete á sus grandes en el palacio del califa.

A lo mejor de la fiesta, mandó comparecer á este último y le dijo en tono de amistosa broma: «Tú eres aquí el amo y nosotros tus huéspedes; ¿qué tienes para regalarnos que sea digno de nosotros?» El califa temblando de pies á cabeza ni siquiera atinó á distinguir entre las llaves que le fueron presentadas; pero al fin pudo abrir algunas cámaras, donde guardaba tesoros, cuyo contenido «el huésped» Húlagu hizo repartir al instante entre los suyos. En seguida dijo en tono mas severo: «Ya están á la vista los tesoros que guardas sobre la tierra, y que pertenecen á mis servidores; ahora dí lo que tienes oculto y dónde lo tienes.» Mustasim confesó que en el centro del palacio existía una cueva oculta llena de oro; y, en efecto, las pesquisas practicadas al instante mismo en el sitio designado dieron por resultado el descubrimiento del tesoro de la familia abasida. Allí había montones de barras y lingotes de oro, que el califa podía haber empleado en el alistamiento de tropa contra los mogoles, pero según parece esta idea jamás había cruzado por su mente. Todo fué embargado; cuanto había en el palacio fué inventariado, y las 700 mujeres y 1,000 eunucos del califa fueron conducidos á otra parte. Al día siguiente fueron llevados al campamento todos los tesoros y amontonados al rededor de la tienda del khan; los edificios principales de la ciudad de los califas, grandiosa todavía hasta en su ya secular decadencia, incluso la mezquita, en la cual en otro tiempo organizaron y dirigieron el culto mahometano los soberanos de medio mundo, y los sepulcros de los abasidas, fueron entregados á las llamas; pero Húlagu hizo cesar la matanza y el saqueo, diciendo muy discreta y bondadosamente: «Ahora somos soberano de Bagdad; que continúen, pues, los habitantes sin temor y cada uno vuelva á sus ocupaciones.» Los que se habían librado de la matanza tuvieron ya seguridad para sus personas; pero el califa y todos los individuos de su familia, en cuanto pudieron ser habidos, fueron ejecutados el 14 de Safar (20 de febrero).

Con la antigua familia soberana quedó extinguido también lo que había quedado á la ciudad de Bagdad de su antigua grandeza: la «ciudad de la salvación» se había vuelto «lugar de desgracias.» Bagdad, reducido el número antes tan grande de sus pobladores, perdida su antigua dignidad de capital del Islam, despojada de sus fuentes de riqueza, es todavía hoy testigo elocuente de una de las mas espantosas catástrofes que jamás ha podido acabar con una civilización secular, avanzada y floreciente.

## CAPITULO II

### LOS IL-KHANES Y LOS MAMELUCOS

La caída de Bagdad fué el principio del fin del Islam, á lo menos del Islam que en el terreno de sus primeras victorias fué el poderoso fomentador del desarrollo material é intelectual de grandes pueblos, y cuyos efectos fueron en muchos conceptos positivamente benéficos. Después de la invasión mogola, el mundo mahometano no conservó vida material é intelectual, por poco que merezca este nombre, sino en aquellos países cuyo suelo no fué hollado por los cascos de los caballos mogoles ó que por su sumisión voluntaria y pronta se ahorraron por lo menos los infortunios mas grandes. Aun estos países que en adelante representan el genio mahometano, á saber, el Egipto y, en parte, la Siria por el elemento árabe, el Asia Menor occidental por el turco, y el Farsistan con algunos territorios vecinos por el elemento mahometano-persa, presentan en el punto de su historia donde entra la conquista tártara un abismo entre su pasado y su porvenir. Las bellas letras persas, tan exube-